

Bernat Martí, el SIP y nosotros

HELENA BONET ROSADO

Hacer una semblanza de Bernat Martí resulta difícil, a la vez que emotivo, al estar hablando de vivencias personales y profesionales, de más de cuarenta años, que han marcado la trayectoria profesional de muchos de nosotros, muy especialmente los que hemos tenido la suerte de trabajar con él en el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia, compartiendo su maestría y amistad hasta su reciente jubilación.

Conocí a Bernat Martí, un joven profesor de 26 años de espesa barba negra y gafas metálicas, en los últimos años de mi carrera en el año 1975, cuando, junto a Gerardo Pereira, impartían puntualmente las asignaturas de prehistoria y epigrafía, respectivamente, sustituyendo a las profesoras Milagro Gil-Mascarell y Carmen Aranegui, en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valencia, el antiguo Laboratorio de Arqueología. Con este equipo, de un incuestionable nivel científico y fuerte compromiso político en los últimos años del franquismo, nos formamos una primera generación de arqueólogos, como Consuelo Mata, Pilar Carmona, Albert Ribera, Josep Vicent Lerma, Joan Bernabeu, Pilar Fumanal, Michèlle Dupré, Valentín Villaverde o Pere Pau Ripollès, por citar sólo los que más coincidimos en las excavaciones de los años 70. De aquella época, recuerdo especialmente el II Congreso Internacional de Prehistoria de Morella, en 1975, unos días entrañables, donde ponentes e investigadores, toda la plana mayor de la prehistoria peninsular y francesa, compartían con nosotros tapas y rondas de vino en los mesones de Morella. Descubrimos a los “inaccesibles científicos” como gente amena y, sobre todo, muy cercana. En aquellos días de convivencia, la mayoría de nosotros nos vinculamos definitivamente a este equipo y nos agrupamos en torno a Carmen, Milagro, Bernat, Gerardo y también Rosa Enguix, según nos íbamos decantando hacia la Prehistoria o la Arqueología clásica.

Aunque Bernat Martí nunca se desvinculó de sus compañeros de Departamento, en el año 1979 entró en el SIP de la mano de Domingo Fletcher como técnico arqueólogo, permaneciendo toda su vida profesional comprometido con esta institución. En la inolvidable biblioteca del SIP, donde estudiantes, profesores y eruditos locales compartíamos espacio con el director Domingo Fletcher y el subdirector Enrique Pla,

se sumó Bernat en una mesa frente a “don Domingo”. Todos ellos atendían cualquier consulta de estudiosos o aficionados, a la vez que comentaban y discutían las novedades científicas, mientras la bibliotecaria María Victoria Goberna nos proporcionaba libros y separatas de entre las magníficas estanterías de madera que cubrían las paredes de la sala. Allí podías consultar desde joyas bibliográficas, como las obras de los hermanos Siret, Juan Vilanova y Piera, Le Bon, Cartailhac o Chabret, hasta la última noticia periodística sobre prehistoria valenciana pacientemente recortada, pegada y guardada por Enrique Pla en archivadores de cartón.

En este ambiente, Bernat Martí ya apuntaba el perfil del gran investigador que es. Desprendía una “seriedad cercana”, siempre dispuesto a escuchar e interesado por nuestros proyectos de estudio. Pero donde realmente tuvimos la ocasión y el privilegio de conocerle, tanto a nivel personal como profesional, fue en las excavaciones. Aunque algunos de nosotros ya nos íbamos inclinando hacia la protohistoria o el mundo romano, trabajar con Bernat en yacimientos prehistóricos era una apuesta segura para iniciarse en el mundo de las excavaciones y la metodología arqueológica. Pero tal vez lo más importante de su maestría era el empeño que ponía en que reflexionásemos ante el objeto y la secuencia estratigráfica y que nos planteásemos proyectos y líneas de investigación futuros.

Las excavaciones de la Cova de l'Or, en Beniarrés, en los veranos de 1975-1976, y en la Ereta del Pedregal, en Navarrés, en 1976, eran una verdadera escuela de disciplina y aprendizaje arqueológico. Como se recuerda en otro texto del presente libro, fue el primer investigador en la prehistoria valenciana que utilizó una metodología puntera en cueva, adquirida desde su estancia en Francia, como becario del CSIC, en las excavaciones en la cueva de Font Juvenal dirigidas por J. Guilaine, en 1975. Y fue pionero en crear un equipo interdisciplinar con investigadores especializados en sedimentología, palinología, carpología y fauna, convirtiendo las campañas de la Cova de l'Or en un referente metodológico pero, sobre todo, en un referente de los estudios sobre la neolitización en la vertiente mediterránea peninsular.

En sus campañas se trabajaba y se aprendía a conciencia. Por las mañanas, de la Cova de l'Or, recuerdo las cuadrículas J y K donde se marcaba con chinchetas y se dibujaba en papel

milimetrado cada hallazgo; la pizarra y el jalón para las fotos en blanco y negro, en color y diapositivas; la pesada mira y el primer nivel óptico del SIP; o las sesiones de criba frente al Benicadell. Memorables también los ascensos a la cueva, y los descensos, cantando y cargados como mulas, hasta llegar al “dos caballos” de Bernat aparcado ladera abajo en la carretera de Beniarriés. Después de comer no había siesta pero sí partida de dominó en el bar del pueblo. Y por las tardes clases intensivas de lavar, inventariar y dibujar sílex y cerámica cardial hasta la saciedad. Pero lo mejor era el diario que teníamos que redactar, y exponer delante del equipo, sobre la jornada de excavación ante la mirada “implacable” de un Bernat que debía de estar desternillado de nuestros disparates. Aprendimos a convivir –algunos hasta a comer correctamente– en casas y pensiones hoy imposibles de imaginar, a trabajar en equipo y a asumir responsabilidades. En este ambiente de trabajo y compañerismo se crearon unos vínculos de amistad entre todos los que participamos en aquellas excavaciones que han perdurado hasta nuestros días.

Como jóvenes estudiantes que éramos, en aquella época no fuimos conscientes del enorme privilegio que era trabajar con Bernat Martí, ya una gran promesa investigadora y toda una autoridad. Autoridad por sus conocimientos pero también por su personalidad íntegra, donde el afán de protagonismo no tenía cabida, por su capacidad de trabajo y por su carácter tranquilo y dialogante. Era un gran docente que despertó en todos nosotros un espíritu crítico y supo transmitirnos su pasión por la investigación y la arqueología. En realidad, recogía los valores del denominado “espíritu del SIP” de don Isidro Ballester, don Domingo Fletcher y don Enrique Pla, donde la austeridad, el rigor científico y el trabajo en equipo serían los pilares de la institución.

Bernat Martí siempre estuvo muy unido a Enrique Pla, y cuando éste fue nombrado director del SIP en 1982, tras la jubilación de Fletcher, pasó a ser su hombre de total confianza. Vivió junto a él uno de los periodos más difíciles de la institución, como fue el traslado del museo desde el Palau de la Batllia hasta su nueva sede en la, aún en funcionamiento, Casa de Beneficencia. Durante un largo periodo de más de 15 años, entre la nueva ubicación en La Beneficencia hasta la apertura del actual Museo de Prehistoria en 1995, el papel de Bernat fue clave. Con un museo empaquetado como buenamente se pudo, pues el traslado hubo que hacerlo en un mes, y ubicado en un edificio en obras y todavía ocupado con cuidadores y niños y niñas internos, era realmente un reto sacar adelante el SIP y su museo. Sin embargo, inmediatamente se abrió al público la biblioteca del Servicio, considerada el alma de la institución, y se inició un colosal trabajo de inventario, catalogación y restauración de los fondos del museo así como el inventario del archivo documental, el fotográfico y el de yacimientos arqueológicos valencianos.

Durante los diez años que dirigió la institución, entre 1987 y 1996, con el museo cerrado y un edificio en obras, Bernat Martí realizó un trabajo interno extraordinario. En este periodo de tiempo amplía la plantilla del SIP con cuatro técnicos arqueólogos –Helena Bonet, Joaquim Juan Cabanilles, María Jesús de Pedro y Rafael Pérez–, un técnico dibujante –Francisco Chiner–, una auxiliar de biblioteca –Consuelo Martín– y un capataz restaurador –Inocencio Sarrión–.

Se consolidan las publicaciones del SIP con 5 números de la revista APL y 8 números de la serie monográfica Trabajos Varios, y se inician nuevas series, como los catálogos de las exposiciones temporales o la edición especial de libros dedicados a las colecciones más emblemáticas del SIP, como las plaquetas de la Cova del Parpalló de Gandia o los vasos pintados del Tossal de Sant Miquel de Lliria.

En este periodo había una gran actividad de investigadores estudiando las colecciones del museo con el objetivo de realizar trabajos de investigación, memorias de excavaciones o tesis doctorales. Es de lamentar que no exista de aquellos años documentación gráfica de los espacios acondicionados como almacenes y salas de trabajo. En la inmensidad de corredores, patios porticados y jardines de una Casa de Beneficencia medio abandonada y ruinosas, subías, con un gran manojo de pesadas llaves, por escaleras de desconchados alicatados, atravesabas cancelas de hierro, patios con estatuas de cristos y vírgenes rodeadas de magníficos azulejos –todo ello hoy desaparecido–, seguías por comedores y habitaciones donde todavía se amontonaban desvencijadas cunas o mesitas y sillitas para escolares; cruzabas terrazas llenas de trastos abandonados hasta llegar finalmente a una torre –hoy inexistente–, sin luz y con un frío glacial, donde los sufridos investigadores, sobre mesas de mármol recicladas de los antiguos comedores, extendían sus materiales para ser dibujados e inventariados. En ese ambiente se estudiaron y clasificaron la colección de plaquetas de la Cova del Parpalló de Gandia, la colección púnica de Ibiza, las campañas de excavaciones de la Cova Negra de Xàtiva, la Cova de l’Or de Beniarriés, la Ereta del Pedregal de Navarrés, la Cova de la Pastora de Alcoi, la Rambla Castellarda de Lliria, el Tossal de Sant Miquel de Lliria, etc. En este acogedor ambiente, y ésta es solo una de tantas anécdotas que se podrían contar de aquellos años 80, tuvo que batallar Bernat Martí para sacar adelante el museo.

A pesar de la falta de instalaciones adecuadas consiguió que el SIP viviese una de las épocas más fructíferas a nivel de investigación. Los trabajos de campo se integran, cada vez más, dentro de proyectos de investigación interdisciplinares en los que existe una estrecha vinculación, y muy activa, con el Departament de Prehistòria i Arqueologia de la Universitat de València. Continuaron las excavaciones arqueológicas, iniciadas en la época de Enrique Pla, en la Ereta del Pedregal de Navarrés, la Cova de l’Or de Beniarriés, la Cova Negra de Xàtiva, la Cova Foradada de Oliva, la Muntanya Assolada de Alzira, la Lloma de Betxí de Paterna, en Los Villares de Caudete de las Fuentes, el Castellar de Meca de Ayora, el Corral de Saus de Moixent, el Castellet de Bernabé de Lliria, en La Señal de Villar del Arzobispo o en el Pla de Nadal de Riba-roja de Túria, y se inicia la primera campaña en el yacimiento paleolítico de la Cova del Bolomor de Tavernes de la Valldigna.

Junto a las labores de investigación, conservación e inventario ya citadas, Bernat Martí era muy consciente de que había que abrir al público las colecciones del museo y así, siguiendo la línea expositiva iniciada con la sala permanente abierta en 1984 sobre “Las sociedades cazadoras de la prehistoria valenciana”, se inaugura en 1987 la sala dedicada al neolítico “Los primeros agricultores y ganaderos”. Si bien en 1983 se había hecho la primera exposición temporal sobre

“La cultura ibérica”, en la etapa de su dirección se abre un programa de exposiciones temporales e itinerantes que no ha cesado hasta nuestros días. En 1991, “Un siglo de Arqueología valenciana” itineró al centro cultural de la CAM de Alicante, mientras que en 1994 se inauguraba la exposición sobre “El Apolo de Pinedo”, en el Palau dels Scala, con motivo de la presentación de la escultura completa del Apolo tras la compra de su pierna en 1992, veinte años después de su hallazgo en las aguas de Pinedo.

A nivel museográfico, en 1993 la Diputación de Valencia emprendió la reforma de la antigua Casa de Beneficencia, para convertirla en un Centro Cultural, y en ese marco se desarrolló un nuevo proyecto del museo para la exposición permanente de las colecciones del SIP, que abarcaba desde el Paleolítico inferior hasta época romana y una pequeña muestra numismática de épocas posteriores. Consciente de este reto, Bernat Martí tenía que conjugar la tradición y el trabajo de varias generaciones, que daban el soporte científico al discurso expositivo, con los nuevos avances tecnológicos del momento. En una profunda reflexión sobre los nuevos museos, publicada en la revista “Canelobre” del Instituto alicantino de Cultura ‘Juan Gil-Albert’, en el año 2000, y bajo el epígrafe de *Cal mirar darrere dels anuncis lluminosos*, remarca “el peligro de caer deslumbrados ante una apuesta excesivamente espectacular, atractiva o de escaparate, con el único objetivo de conseguir cada vez un mayor número de visitantes y olvidando, en muchos casos, la verdadera función del museo, que es ofrecer al público autenticidad y rigor científico”. Con esta filosofía se inaugura, en 1995, el Museo de Prehistoria en el edificio de La Beneficencia totalmente rehabilitado. Por fin, se exponen ya de forma permanente los fondos del Museo de Prehistoria en un montaje estructurado cronológicamente que todavía hoy podemos seguir en las salas dedicadas a las Sociedades prehistóricas y la Cultura Ibérica.

Abrir las puertas del Museo de Prehistoria planteaba otras líneas de actuación que no terminaban en la publicación y difusión de los resultados de las excavaciones, o en la

apertura al público de las salas del museo, sino que se dio un nuevo paso extendiendo el museo a los propios yacimientos con el objetivo de propiciar el encuentro entre la sociedad y su patrimonio arqueológico. En esta línea, una faceta importante en la etapa de la dirección de Bernat Martí es su preocupación por la puesta en valor del patrimonio arqueológico valenciano. A finales de los años 80 y a lo largo de la década de los 90, impulsa la consolidación de los yacimientos ibéricos del Puntal dels Llops de Olocau, el Castellet de Bernabé, La Seña o el Tossal de Sant Miquel, y del poblado de la Edad del Bronce de la Lloma de Betxí. Mientras que en la Bastida de les Alcusses de Moixent se emprende, en 1990, uno de los proyectos de investigación y puesta en valor patrimonial más emblemático del Museo de Prehistoria.

El injusto cese de Bernat Martí como director del Museo de Prehistoria en 1996 nos sumió a toda la plantilla del SIP en un estado de impotencia e indignación difícil de explicar. Y no solo al Museo de Prehistoria, sino a toda la comunidad científica valenciana y española. Y ahí, de nuevo, vuelve a destacar la figura de Bernat. De una generosidad sin límites y de un empeño investigador inagotable, en los últimos veinte años en que hemos seguido compartiendo vivencias con él en el SIP, sigue sorprendiéndonos por su equilibrio emocional ante las adversidades y su actitud conciliadora, su continua maestría, su plena confianza en el personal que él mismo ha formado y, sobre todo, por su lealtad y cariño hacia el SIP y su museo.

No es nuestra intención tratar aquí su fructífera trayectoria investigadora realizada en estos últimos años desde el SIP, que ha compaginado con la actividad docente como profesor asociado en el Departament de Prehistòria i Arqueologia de la Universitat de València. Pero sí hemos querido relatar en estas páginas cómo, a través de todos estos años, hemos ido descubriendo al Bernat profesor, al investigador, al director pero, sobre todo, al compañero y al gran amigo que sigue siendo hoy desde su siempre querida biblioteca del SIP.